La danza griega como forma de festividad

Alejandro Zorbas D.

La danza griega moderna constituye una de las expresiones de la cultura popular que, junto con la canción, testimonia la continuidad histórica de Grecia como realidad viviente hecha de costumbres, sentires, actitudes y creencias que caracterizan a la nación.

Este aserto tiene que ver con las preguntas que se hacen a veces acerca de la relación de los griegos actuales con los antiguos, respecto de lo cual cabe decir que se trata de un mismo pueblo con su bien definida identidad y una manera de ser inalterable en el tiempo.

Así, la vigencia y peso de la tradición se comprueba, por ejemplo, por referencia a los rasgos más salientes en contenido y forma de la institución del matrimonio, punto de partida y fundamento de toda organización social. Revestido desde la época bizantina de los ritos litúrgicos cristianos, para la generalidad del pueblo griego de hoy el casamiento gira, empero, en torno a similares propósitos y se apega a las ceremonias de carácter simbólico y mágico que conserva desde la antigüedad.

Como se sabe, en la Grecia antigua la unión legal de un hombre y una mujer, más que el resultado de una atracción sentimental recíproca, era una especie de contrato interfamiliar, gestionado usualmente por una casamentera, y cuya finalidad consistía en perpetuar dicha unión mediante y para la procreación y el culto de los antepasados. Por tanto, lejos de ser casual, el matrimonio era un hecho predeterminado. Así lo dice claramente el aspirante Antínoo en la *Odisea*: "Pretenda cada cual... a Penélope... y cásese ella con quien le haga más presentes y venga designado por el destino".

Convenido el enlace, éste se realizaba por lo general en la fecha aniversario de los esponsales de Zeus y Hera, y las fiestas duraban tres días. En el primero, preparatorio, cada contrayente ofrecía sacrificios a las divinidades protectoras del Himeneo, y procedía luego al baño ritual con agua, traída en medio de una procesión de antorchas y tocadores de flauta. En el segundo día se llevaba a efecto la boda. En su casa exornada de flores, la novia era vestida por parientes y amigas, cubriéndole la cabeza y el rostro con un velo. Venía la boda y luego un banquete rico en manjares

coronados con la torta hecha de sésamo, que tenía el significado mágico y simbólico de asegurar la fecundidad. Una teoría de familiares y amistades acompañaba a los desposados a casa del novio, en cuya puerta aguardaban los padres de éste. Entretanto, aquéllos recibían nueces y frutas secas, propiciatorias de multiplicación familiar y riqueza; enseguida, a la novia le entregaban un cedazo, un tostador y un mortero como signo de sus nuevos deberes domésticos, y procedía a recorrer su nueva morada. Penetraban ambos después al aposento nupcial, custodiado por un amigo del novio, mientras afuera niños y niñas entonaban las "epitalamia" o canciones de amor. Al tercer día, con la ofrenda de regalos, los festejos tocaban a su fin.

A estas ceremonias se agregaba, además, otra: por separado, esposo y esposa pasaban una noche en casa de sus suegros, compartiendo el lecho con una niña y un niño, respectivamente, de muy corta edad, lo que indicaba la reunificación de la pareja con la familia de la novia, de la que ésta había sido separada.

Durante tres milenios el pueblo griego ha conservado fidelidad a estos usos tradicionales, con leves variaciones locales y algunas otras debidas a los tiempos y sus condiciones cambiantes. En efecto, la constitución del matrimonio, que hemos esbozado como ejemplo, responde hoy todavía a motivaciones semejantes y se ajusta a un patrón ceremonial muy parecido. Los enlaces sin consentimiento familiar son, inclusive en las grandes ciudades, la excepción.

Abunda en la celebración matrimonial actual, como en los tiempos pretéritos, el canto y el baile, y preciso es destacar que el de los novios es precedido por una danza nupcial que conduce el padrino de la novia y en la que participan éste, el novio, los parientes y amigos. Esta danza, como muchas otras danzas griegas antiguas y posteriores, tiene forma circular, según veremos.

No es ésta la ocasión de hablar acerca de la fortaleza y los sólidos valores familísticos derivados de tales costumbres, así como del modo y medida en que han contribuido a la supervivencia de la nación helénica. Baste decir que en los cuatrocientos y más años de dominio otomano, los compromisos y matrimonios pactados a edades juveniles y hasta infantiles libraron a millares de los niños griegos más sanos, bellos e inteligentes del reclutamiento obligatorio -"*paidomázoma*"- para el ejército y los servicios administrativos y hedonísticos del sultán.

Esta permanencia de las costumbres y apego a la tradición es común a otras manifestaciones de la cultura popular de los griegos y se expresa con singular fuerza en sus canciones y sus bailes, principalmente.

Los bailes griegos populares, sean modernos, medievales o antiguos, se agrupan en dos categorías: la del "*sirtós*" o arrastrado, y la del "*pidijtós*" o saltado. Entremedio existe una gama de combinaciones y variedades que dependen de las

tradiciones locales, como el baile "*Tsakónico*" de Laconia; o de las canciones que les sirven de base, como la "Canción de Zalongo"; o de las festividades durante las cuales se bailan, como ser la celebración de San Basilio; o de las corporaciones gremiales a las que representan, como el baile llamado "*Jasápico*" y el "*Mejanicós*"; o, en fin, como el "*kléftico*", que es la danza de los guerrilleros *kleftes* que lucharon en las montañas contra los opresores en tiempos de los turcos.

El "*Jasápico*", por ejemplo, es una danza de origen bizantino que bailaban en Constantinopla los carniceros (*jasápides*) en el día de su fiesta gremial. El ritmo del baile es marcado por golpes de pie muy bien definidos, y por una flexión y estiramiento continuos de las rodillas que va produciendo un movimiento ondulatorio. Los pasos son cortos y cubren una superficie reducida. Es esta una danza en cadena ejecutada sólo por hombres, o también alternando con mujeres, y en la que los participantes enfrentan el centro de un círculo durante todo el tiempo.

El baile-canción llamado "*Mejanicós*" es oriundo de la isla de Kálimnos en el Dodecaneso, y fue creado por los pescadores de esponjas desde que los buzos empezaron a usar escafandra, y manifiesta la melancolía de ellos, impedidos de elevarse bailando.

Llena de mundanal regocijo a la vez que de fervor religioso es, en cambio, la festividad de San Basilio el Grande, el día primero de enero. En todo el mundo griego, los niños en la víspera recorren las casas entonando las "*kalandas*", que anuncian que "San Basilio viene desde Cesarea". Hasta hace no muchos años, en ese centro milenario del helenismo que fue Capadocia, y toda la región del Ponto, a la salida de la iglesia la comunidad bailaba junto al portal. Tales canciones tienen contenido religioso y son muy antiguas en la tradición bizantina. Según una leyenda lugareña, que los habitantes asocian al baile, Juliano el Apóstata había amenazado con quemar Cesarea. Entonces Basilio, Metropolitano de la ciudad, subió al cerro a orarle a la Virgen en una gruta, y cuando regresaba llegó la noticia de la muerte de Juliano en combate. Acto seguido, toda la población, en una letanía, fue a darle gracias a su salvadora, y el ascenso lo hizo bailando.

Tristes remembranzas trae, por el contrario, la "Canción de Zalongo", con que se acompañan ciertos bailes. Se trata de una balada de carácter histórico y trágico que relata un episodio de la ocupación turca de Epiro, región gobernada por el tirano albanés Alí Pashá. Durante cuatro siglos, la confederación de aldeas montañosas de Suli resistieron el asedio otomano, defendidas por sus hombres y mujeres, a la par. Muertos los hombres a traición por Alí, las suliótisas, sitiadas en la montaña de Zalongo y agotadas ya las municiones de su rifles, optaron por la muerte antes que la rendición. El 23 de diciembre de 1803, vistiendo por última vez sus trajes de fiesta de terciopelo carmesí y oro, y formando el antiguo círculo de sus antepasados, bailaron una postrera, memorable danza, mientras cantaban:

Adiós, mundo desdichado,
adiós, dulce vida.
Adiós, vosotros, valles,
fuentes, cerros, cumbres.
Y a ti, mi infortunada patria
adiós para siempre.

Las suliótisas no aprendieron
a vivir, solamente.
Saben también cómo morir
para no vivir en esclavitud

Como si fuesen a la fiesta
de la florecida Resurrección
al Hades descienden
con canciones y alegría

En tierra seca no vive el pez
ni la flor en el arenal.
Y las suliótisas no viven
sin la libertad.

Con el corazón oprimido de angustia, las madres lanzaron a sus hijos desde la cumbre del Zalongo, y luego, a cada vuelta de la danza, una tras otra fueron saltando al abismo de la inmortalidad.

A lo largo de los siglos, en sus bailes y cantos-poemas los griegos han vaciado los sucesos de su existencia cotidiana, registrando en ellos sus luchas y padecimientos, triunfos y derrotas, diversiones y quejas, su percepción tan naturalista de la vida y la muerte, y tales expresiones populares, junto a otros componentes de la cultura común: costumbres ancestrales, supersticiones, creencias, festividades, la lengua hablada y una no contradictoria religión cristiano-pagana, han sido, como hemos dicho, los vínculos cohesionantes y singularizadores de la nacionalidad y han facilitado la continuidad histórica del helenismo. Por milenios, de entre esta vejetación silvestre vienen asomándose las flores exquisitas de la cultura griega que es patrimonio de la humanidad.

Parece ser que el apogeo de la danza se alcanzó en la época clásica, cuando "más de doscientos bailes religiosos, atléticos, dramáticos y populares eran ejecutados en el teatro, el estadio y el templo, y su musa Terpsicore gozaba de gran amor y

veneración". De dicha cantidad, unos treinta han llegado hasta el presente, y juzgando por las descripciones debidas a escritores, desde Homero hasta Luciano, y por los dibujos de antiguas crateras, bajorrelieves, murales de monasterios bizantinos y otros monumentos arqueológicos, los especialistas infieren que las líneas fundamentales -equilibrio, postura, pasos y movimientos- entonces y ahora guardan admirable similitud.

La palabra "*joros*" significa baile y también coro, y el recinto circular donde éste hacía sus evoluciones en la tragedia antigua, el *jorostasio*, se encuentra en cada localidad griega, hasta en la aldea más modesta. Inclusive en los monasterios existe un espacio destinado a la danza.

El coro, a su vez, tan lleno de significado en el teatro antiguo, ha conservado su carácter en las danzas populares, cuyas canciones son usualmente entonadas al unísono por varias voces, las de los propios bailarines.

De otra parte, los instrumentos musicales usados hoy, variando de uno a otro lugar, son la gaita, el laúd, la guitarra, el caramillo y varios tipos de tambor; también el clarinete y un violín llamado *lira cretense*, que se toca con un arco.

Cada región tiene sus propios trajes tradicionales para ser llevados en las ocasiones festivas y los cuales representan las épocas antigua, bizantina y moderna de la nación. Para cada baile hay un atuendo correspondiente. Hasta el día de hoy en algunos lugares de las islas, Epiro y Macedonia, las mujeres campesinas no sólo siguen confeccionando sus propias ropas, sino también las telas y tinturas, y cultivan domésticamente el gusano para obtener la seda. Los bordados siguen siendo famosos, como en Bizancio, y los trajes más conocidos son la fustanela o enagüilla de los soldados *évzones* y el vestido tan decorativo consagrado en la Corte por Amalia, la primera reina de la Grecia moderna.

En la danza griega, en general, la posición del cuerpo es dignificante y enhiesta, y la caracterización del baile varía levemente, según sea lo que representan los participantes. Los *évzones*, por ejemplo, guardia selecta de infantería, se conducen con orgullo y hacen despliegue de brincos y de un gran vigor en la ejecución. Los *kleftes*, en cambio, habituados a las emboscadas y las acciones sorpresivas de guerrillas, efectúan en la danza, como ocurre en el baile llamado "*Tsámiko*", movimientos más cautelosos y furtivos. Las mujeres, por su parte, en todas las danzas practican movimientos suaves de una mínima elevación, y se atienen siempre a los desplazamientos y pasos básicos establecidos, de los que los hombres pueden salirse e innovar. Sobre todo, ellas mantienen el recato como actitud.

Los danzantes se cogen habitualmente por las manos o las muñecas o mediante un pañuelo, o por los hombros, las menos veces. El rasgo predominante de la danza es la variación de ritmo con alternancia de pasos lentos y rápidos, dentro de un espacio físico cuya magnitud es fijada a voluntad por quien la conduce; éste, además,

puede unirse al último de la hilera para formar un círculo y luego romperlo y regresar a la cadena y a la dirección lateral y oblicua que traza ésta, con sus pasos hacia adelante y hacia atrás. Lo más usual es que sean varones quienes lideren y cierren la cadena, y entremedio se sucedan hombres y mujeres.

Entre los bailes griegos actuales de origen más remoto está el llamado "Laberinto", de coreografía escabrosa y serpenteante y de complicada ejecución. Según la leyenda, lo compuso Dédalo para retener en su memoria las sinuosidades del laberinto de Cnosos y enseñárselos a Ariadna, y fue Teseo quien primero lo bailó. Con los brazos cruzados, hombres y mujeres avanzan lenta y cautelosamente, mientras el líder, sosteniendo en la mano un hilo-cordel, hace las veces de tirar de los restantes, como si los fuera sacando del tortuoso palacio. Cuando los minoicos emigraron al Peloponeso, tras la devastadora erupción del volcán de la isla Santorini, el año 1450, y la destrucción final de Cnosos en 1380-1370 a.C., ellos enseñaron este baile a los aqueos. Poco tiempo después, huyendo de los invasores dorios, los aqueos de Laconia se refugiaron en una zona montañosa que pasó a llamarse *Tsakonia*, y de ahí la danza "Laberinto" cretense tomó el nombre de "*Tsakónico*". Merced a su connotación religiosa original de ceremonia adoratriz ofrecida a la Diosa Madre Tierra, simbolizada en la serpiente, y debido al arraigo en la memoria colectiva de la figura legendaria del héroe ático Teseo, el baile *Tsakónico* se difundió por todo el mundo helénico, y al presente se registran de él 27 variedades. Con frecuencia, la cuerda que sostiene el líder en la mano, es sustituida por un pañuelo, el que sin duda representa el dolor de Ariadna, abandonada en la isla de Naxos, y que enjuga sus lágrimas con los jirones de su peplo, o lo agita haciéndole señales a Teseo, que se aleja en su navío. Partiendo de esta tradición, todos los bailes griegos, excepto los guerreros, usan el pañuelo. El *Tsakónico* se baila en diversas festividades y no falta en los casamientos, oportunidad en que es conducido por el novio, según dicen "para que aprenda a salir del laberinto de la vida".

Mencionemos todavía otro de los bailes de muy remota data, tal vez el más antiguo de todos, el "*sirtós*", que se bailaba en todas las festividades religiosas de los antiguos, alrededor del altar. Su forma circular proviene indudablemente de tiempos prehelénicos, de los de la invención de la agricultura y la revelación consiguiente del carácter cíclico de la naturaleza, graficado en la trayectoria de la semilla.

Tomados de las muñecas, varones y mujeres se mueven en cadena trazando una circunferencia. Sin dejar de marcar el compás y manteniéndose en su lugar, los bailarines más destacados exhiben un extraordinario virtuosismo de proezas gimnásticas y ardides vistosos, en tanto el hombre que conduce la danza da complicados pasos, gira y salta y asesta golpes con una imaginaria espada, en un

despliegue de varonil gallardía. El antiguo "*sirtós*" se ha convertido en el "*kalamatianós*", que es un poco más rápido, y bajo este nuevo nombre constituye la danza griega nacional por excelencia.

Ahora bien, así como éstos y otros bailes enseñados de padres a hijos siguen hasta el presente el mandato de la tradición, del mismo modo las festividades y celebraciones en que aquéllos se practican, participan también de este carácter atávico. Por eso, la mayoría de las costumbres festivas que se pueden observar en la Grecia de nuestros días contienen elementos de milenaria procedencia, que están relacionados con la religión helénica y especialmente con la religión popular de la vida agrícola y pastoril, tan rica de alegorías psicológicas, de las concepciones éticas contenidas en los mitos, y de los usos adoratrices y temores a las fuerzas misteriosas que regulan el ritmo de la vida y la muerte en el mundo de la naturaleza y de los seres humanos. Curiosamente, y no obstante haber sido la alta cultura griega un producto indudablemente citadino, la vida urbana no configuró, sin embargo, costumbres y usos festivos sustancialmente distintos de las ciudades. Pese a ello, igualmente el habitante de Atenas, Salónica y Patras conmemora el Primero de Mayo y sale a la campiña, aunque a diferencia del hombre unido a la tierra nutricia de la antigua celebración destinada a promover la fecundidad de plantas, animales y personas sólo perciba y disfrute el jolgorio primaveral de las flores.

Las creencias religiosas populares en que se basa la mayoría de las celebraciones "panegíricas" o multitudinarias, abundan en resabios de la antigüedad, con predominio de lo mítico y lo mágico. Tales elementos existen en el pensamiento, el sentimiento y la conducta del griego de nuestro tiempo, quien honestamente se confiesa cristiano, sin percatarse de la antítesis de su posición y sin que ésta le cree ambivalencia espiritual alguna. Así, por ejemplo, el pueblo griego cree en la idea cristiana de la separación del cuerpo y el alma después de la muerte, acepta el paraíso y el infierno; pero cuando está frente a un difunto entona los lastimeros "*miroloi*" y deplora el destino que le aguarda en el mundo subterráneo del oscuro Hades, el odioso, abominable, gélido "*kato kosmos*", donde los infelices moradores no saben de reposo ni consuelo, sin importar si fueron justos o malvados, y donde añoran las alegrías de la vida que dejaron y la luz del sol. Resulta en verdad asombroso advertir cómo en la conciencia del pueblo griego de nuestros días sigue gravitando el mundo homérico de la muerte, con su protagonista Caronte, que ahora se llama Jaros, ya no es un simple barquero sino que cabalga en negro corcel y arrea el rebaño de los que murieron hacia el Hades, recinto del cual es, además, el soberano.

El alma griega popular, que a veces parece más pagana que cristiana, sobrepasando las reglas y admoniciones eclesiásticas, ha trasladado la devoción con la adoración de los santos y las imágenes que los ilustran, y aquéllos y éstas han venido no pocas veces a tomar el lugar de las antiguas deidades tanto como de sus particulares atributos. De intermediarios ante Dios que son, según enseña la Iglesia, se transformaron en dioses independientes y héroes en sí mismos, capaces de ayudar

El profeta Elías, por ejemplo, era, según la leyenda, un marinero que se cansó de la mar, y como un nuevo Odiseo aconsejado por Tiresias, se echó el remo al hombro y partió en busca de un lugar donde no pudieran saber qué había traído consigo. Establecido en las cumbres de los cerros, ahora es el portador de la lluvia y los vientos, es el dios del trueno y el rayo, como antes lo fue Zeus. El 20 de julio lo celebran los pastores en las montañas con bailes, fuegos y adivinaciones atmosféricas.

Los santos Cosme y Damián sucedieron a los Dióscuros; San Nicolás es el vigilante del mar y protector de los navegantes; Santa Bárbara preserva a los niños de contraer viruela, y San Modesto ampara a los animales de labranza.

Difundida es, asimismo, la creencia popular en la propiedad terapéutica del agua de las fuentes, una vez que ha sido bendecida, y en ciertas celebraciones panegíricas se acostumbra sacrificar un gallo antes de bañarse para recuperar la salud.

La creencia en los demonios viene en línea recta de la remota mitología helénica, y así perviven las nereidas, que son las antiguas ninfas, porque según la opinión corriente habitan no sólo el piélago, sino también los ríos, fuentes, manantiales, grutas y árboles; les gusta la música y la danza y enseñan a tocar la lira. Pueden ser perjudiciales y benefactoras, y en lugar de Artemisa las comanda la señora Kaló.

Las Tres Parcas siguen visitanto a las madres al tercer día del parto y determinando el destino del nuevo ser, por cuya razón junto a la cuna se les apresta una mesa con ofrendas propiciatorias.

Estas y otras costumbres propias de la antigua fe han persistido tanto en el ejercicio del culto privado como público, y han llevado a la Iglesia a admitir algunas prácticas que están en desacuerdo con sus enseñanzas. Esto indudablemente le resta santidad a las festividades multitudinarias, a que son tan dados los griegos, pero permite que se sigan cumpliendo las necesidades de asociación y divertimiento, de euforia y franca alegría, de escape de la monotonía cotidiana, esto es, las necesidades sociales que la antigua religión helénica buscaba satisfacer. Por eso se ha dicho con razón que "un griego de la época clásica se sentiría totalmente a gusto y en lo propio en medio de una festividad en la Grecia actual"

Además del elemento religioso, enriqueciendo el espíritu nacional, en las celebraciones existe el elemento histórico, presente siempre en la evocación popular. Así, en una vasta región de Macedonia que circunda la antigua ciudad de Pella, capital de Alejandro Magno, en las fiestas panegíricas las mujeres bailan una danza de estilo ceremonial vistiendo un bonete que recuerda el casco de los antiguos guerreros. Acorde con la tradición, tras el fracaso de los hombres en una batalla, ésta la ganaron las mujeres, y desde entonces Alejandro les concedió el privilegio de usar ese indumento en honor y premio a su heroísmo.

En esa misma periferia, los pastores y ganaderos de las montañas bailan enarbolando el último estandarte de Bizancio, acompañándose de canciones relativas a las luchas de la Independencia de 1821, mientras en la vecina Tracia las diversas fiestas en aldeas y villas comienzan con encuentros de lucha, después de los cuales empieza el baile y la diversión general. El más importante de estos combates es el que libra Dighenís Akritas contra Caronte, cuya base histórica fue la defensa de las fronteras orientales del Imperio bizantino contra los sarracenos durante la Edad Media. Las canciones-poemas sobre las proezas y peripecias de Dighenís siguen escuchándose en todo el espacio helénico y configuran uno e los legados de mayor belleza épico-lírica debidos a la musa popular neohelénica.

Agreguemos al pasar que en esos combates singulares de los tracios se representa también el duelo de Heracles y Anteo, en que aquél sostiene a éste en el aire y no lo deja que toque tierra por temor a que renueve su fuerza. El mito milenario se mantiene intacto, pues, y los lugareños dicen que siempre se ha hecho así. Terminado el encuentro, los contendientes se dan la mano y se ponen a bailar.

Hasta antes de ser expulsados del Ponto, en la región de Trebisonda, los griegos, acostumbrados a mezclar historia y mito con total naturalidad y crédito, representaban la separación de Perséfone y Deméter mediante un baile en el que las muchachas mueven las manos con un gesto de triste despedida y se desplazan significando el descenso de la hija inconsolable. En una hondonada que existe en las inmediaciones, por la que fluye un riachuelo, el pope y demás habitantes decían que estaba la entrada al Hades y que Plutón había abierto ese barranco para llevarse consigo a la joven. Durante el yugo turco, el mito se mantuvo como una historia viva según la cual una pobre madre deambulaba buscando a su hija raptada por un Agá turco, quien, claro está, personificaba al rey del Erebo.

El regreso de Perséfone a la superficie coincide con la Pascua de Resurrección, la festividad cristiana más importante de Grecia. Entonces es cuando la naturaleza se remoza y fructifica. En las celebraciones que tienen lugar, doce hombres bailan protegiendo a dos mujeres, madre e hija vestidas de blanco y adornadas de flores campestres. Danzan, además, cómicos enmascarados, un anciano perseguido por Caronte, todo ello formando parte de una alegoría sobre la renovación del año y la germinación de la tierra. En ciertos lugares los danzantes hacen sonar campanillas y saltan golpeando fuerte con los pies la tierra, para que ella escuche y despierte. La relación de estos bailes con las fiestas dionisíacas es evidente.

En estos casos así como en algunos otros, el baile adquiere bastante intensidad, pese a lo cual no se extralimita. Y ello es válido lo mismo para el baile que para el canto y el ejecutante. Este puede entusiasmarse y ser llevado por la euforia báquica, pero al fin terminará pausadamente, con serenidad. Prevalecerá el "*metron*", la justa medida de los antiguos, el equilibrio en todo, la armonía.

por su propia voluntad y poder.

Digamos, pues, para terminar, que aquel espíritu que fijó los cánones de la belleza y elaboró con ellos las admirables obras de la cultura helénica superior, existe e inspira también las expresiones artísticas del pueblo griego, base firme de la permanencia de la nación.

* * *

THE GREEK DANCE AS WAY OF FESTIVITY

Alejandro Zorbas D.

Modern Greek dance is one of the popular culture expressions that confirms the historic continuity of the Hellenic people.

The author studies some traditional festivities, such as the wedding, in which that continuity is manifested. He also analyses the main variants of dances, highlighting in each case its relationship whith the old dances and traditions, of which there is testimony. Among them, we have the "Labyrinth" and the "Syrtos".

There is a mention also to the musical and poetic expressions associated to a pagan conception of Death, eg. the "Mirolois".

Trad. J.Cristián Castillo